

Revolución. Este doble resultado no tiene por qué sorprendernos. Los partidarios de la Revolución no le agradecen en modo alguno los servicios que prestó á su causa sin quererlo y sin saberlo. En cuanto á los partidarios del antiguo régimen, no pueden perdonarle haber buscado la salvación con el empleo de medios que ellos, con tanta imprudencia, hicieron fracasar. Es necesario que él sea culpable, para que ellos puedan presentarse como inocentes. Es necesario que exageren sus faltas, á fin de atenuar



MIRABEAU

presidir la ejecución de sus planes, Luís XVI no debía, desde el origen, encargarle de presentarlos á la Asamblea de los Notables, á riesgo de atraer sobre ellos el desfavor que se unía al carácter de su autor. En todo caso, debía evitar sostenerle tanto tiempo y asumir la responsabilidad de sus actos, junto con la *Advertencia*, que dió la señal de los últimos ataques. Pero, puesto que había seguido por este camino, á pesar de las observaciones de los notables, ¿por qué abandonarlo de golpe, como si se hubiese asustado por sus clamores? La señora de Staël ha dicho «que perjudicó tanto á la dignidad de su poder, abandonando de tal suerte á un mal ministro, como cuando sacrificó á los buenos.» Luís XVI dió, pues, una nueva prueba de su irresolución y de la debilidad de su carácter.

En circunstancias tales, la caída de Calonne amenazaba á la monarquía con otro peligro. Recordaba á los privilegiados, lo que sabían de sobras, que bajo un príncipe como Luís XVI, ministro alguno

las suyas. Así es que sus interesadas imputaciones merecen ser examinadas y más de una hemos visto incapaz de resistir el menor examen. Tengo ganas de añadir que este hombre, acusado por todo el mundo de malversador, salió del Control general con más necesidades de las que tenía cuando entró en él. Pero no quiero hacerme cargo, respecto de su caída, mas que de dos puntos dignos de atención.

En interés de la Corona, Calonne ó caía demasiado tarde ó demasiado pronto. Si era incapaz para

era capaz para atentar contra sus privilegios. Pues en el fondo Calonne, lo mismo que Turgot, lo mismo que Necker, no fueron castigados por las culpas que se les imputaran; cayeron, sí, porque tuvieron la audacia de tocar al antiguo régimen. El mismo Mirabeau, por mucho que fuera su enojo contra su antiguo protector, deploraba altamente la injusticia «que se desplegaba,—decía,—contra un ministro que tanto se había lisonjeado cuando cometía faltas, y que tanto se perseguía ahora, cuando trataba de enmendarlas.» Cediendo una vez más á las exigencias del clero, de la nobleza y de la magistratura, Luís XVI cometía más que una injusticia: caía en uno de esos errores políticos de que no tardan los soberanos en arrepentirse.

Al día siguiente de haber sido reemplazado Calonne por Fourquex, Necker publicó la *Memoria justificativa*.—Abril de 1787,—que había redactado, á pesar de la prohibición del rey. Nadie se tomó tiempo para reflexionar sobre la exactitud de sus

cálculos, sobre si sus argumentos no tenían réplica. Se cerraron los ojos sobre las chocantes inverosimilitudes de su sistema. No se vió en su obra mas que un pretexto para recriminar contra los administradores que le habían sucedido. Decididamente, sólo él era capaz para restablecer el orden en la Ha-

cienda y llenar el déficit sin el menor aumento de impuestos. Este elogio, difundido por todas partes, inquietó á los amigos de Brienne, logrando persuadir á Luís XVI, ya muy irritado, de que una tal desobediencia produjera una efervescencia tan peligrosa, que Necker recibió un mandamiento por el



EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

que se le desterraba á veinte leguas de la capital. «La opinión pública,—dice la señora de Staël,—trocó la persecución en triunfo. Todo París vino á visitar á M. Necker, durante las veinticuatro horas de que tuvo necesidad para hacer los preparativos de su marcha. El arzobispo de Tolosa, protegido de la reina, y que se preparaba para reemplazar al señor de Calonne, se creyó obligado, hasta por cálculo de ambición, á presentarse en casa del desterrado. De todas partes venían ofrecimientos de habitación al señor Necker... La desgracia de un destierro

que se sabía había de ser momentáneo, no era muy grande, y la compensación era soberbia. ¿Pero es así como se puede gobernar á un país?...

La medida era tanto más desgraciada cuanto que sublevó de indignación á muchos notables, entre quienes contaba Necker muchos amigos. Por otra parte, la Asamblea entera esperaba la *Memoria justificativa* como un documento necesario para su edificación. Desterrar al autor, ¿no era confesar que se temían sus aclaraciones? Así no encontró, para esta falta de justicia, mejor respuesta que una mayor se-

verdad contra los planes de Calonne, sino oposición más ardiente contra todos los proyectos del gobierno. A consecuencia de la crisis ministerial, las deliberaciones de las sesiones fueron suspendidas por una invitación, á dicho efecto, que les dirigió el rey. Tan pronto reanudaron su trabajo, demostraron lo que se podía esperar de ellas.

Calonne, al mismo tiempo, en el silencio de su desgracia, terminaba las *Memorias* que componían la cuarta y última división de su trabajo. Una era relativa á un derecho que debería establecerse sobre el timbre, otra á las modificaciones que se juzgaban útiles llevar á los reembolsos á época fija. Ahora era necesario llevarlas á los notables.

Desde la sesión de apertura, el rey no había vuelto á presentarse entre ellos. Ahora creyó que debía asistir personalmente á la que fué convocada por el 23 de Abril, á fin de dar á conocer él mismo sus nuevas resoluciones. «Apareció en el trono,—dice Besenval,—y leyó un discurso que se dijo escribió él mismo, aún cuando esto era muy falso, que obtuvo en un principio grande aceptación, y luego fué muy criticado. La reina estaba en una ventana del palacio, muy impaciente para saber lo que había ocurrido en la reunión. Cuando el conde de Provenza la descubrió, estando aún muy lejos, principió á batir las manos, para darle á entender que todo había ido bien; lo que le causó tanta satisfacción, que durante el resto del día colmó de caricias á todos los notables que vió, como para darles las gracias por la bondad con que habían acogido al rey. Es necesario convenir que hay pocos ejemplos de una falta tal.» A los ojos de los cortesanos, testigos de esos detalles accesorios, la monarquía acababa de comprometer una vez más su carácter. Contentémonos con apreciar su conducta según los hechos consignados en el extracto oficial de la sesión.

Sea quien quiera el autor del discurso del rey, este discurso parece libre de reproches. Es conciliador y sin debilidades. «He examinado,—dice Luís XVI á los notables,—una parte de las observaciones que habéis hecho, y á todas daré la debida atención.» Como ejemplo de su buena voluntad, anuncia la preparación de una ley sobre las Asambleas provinciales, en la cual se apresurará á acceder á los deseos de la Asamblea. Luego aborda la cuestión batallona, la que toca al clero y al reembolso de sus deudas. Aquí se apodera con suma habilidad de las declaraciones más generosas que se hicieron, en apariencia mejor que no en realidad, y, sin abandonar el fondo de los proyectos de Calonne, dejó entrever algunas concesiones posibles respecto

á la forma de realizarlas. «Estoy contento,—decía,—del apresuramiento con que los arzobispos y obispos han declarado que no pretendían exención alguna por su contribución á las cargas públicas, y escuchare las observaciones de la Asamblea general del clero sobre lo que pueden interesar las formas y sobre los medios que me proporcionará para el reembolso de sus deudas.» En cuanto al déficit, nadie puede negar su existencia. «Vosotros veréis la desgraciada realidad por medio de los estados que he ordenado que se entregasen á los presidentes de las secciones.» Comprobado, pues, de una manera irrefutable el desorden en la Hacienda, éste exige un pronto remedio. «Estoy firmemente resuelto,—dice el rey,—á tomar las más eficaces medidas para hacer desaparecer el déficit anual y para impedir que no se reproduzca en ningún otro caso.» Es verdad que diferentes proyectos, tendiendo á reducir su importe, se han sometido ya al examen de la Asamblea. Otras dos van á pasar por delante vuestros ojos. Pero continúa Luís XVI, «todos esos medios reunidos no son suficientes, el último medio, y el que más me resisto á tomar, es el de un aumento de impuestos sobre las tierras; la única manera de hacerlo menos oneroso, y que ya conoce la Asamblea, está en repartirlo con la más grande igualdad, y que lo soporten todos los propietarios sin excepción alguna.» En suma, Luís XVI no abandonaba el principio fundamental puesto por Calonne, y, si tales declaraciones hubiesen venido de parte de un príncipe más enérgico, hubiese de seguro bastado para atestar su justa persistencia.

Si el discurso del rey era irreprochable, no se dirá lo mismo del que á continuación pronunció el guarda-sellos, y que contenía las siguientes palabras dirigidas á los notables: «Vosotros no estáis y no podéis estar sustraídos del verdadero estado de los negocios. Así habéis hecho lo que debíais hacer, elevar dudas, proponer objeciones, pedir esclarecimientos.... Habríais hecho traición á la vez á vuestros deberes y al deseo de S. M. si, en esta circunstancia, hubieséis carecido de ese noble valor propio de la fidelidad del súbdito, como del patriotismo del ciudadano. S. M. contaba con vuestra lealtad, así ha tenido la más viva satisfacción al ver que no se ha equivocado.»

¿No era esto ir demasiado lejos en la vía de la conciliación aprobando de una manera tan formal la oposición sistemática y apasionada de los notables? ¿A quién esperaba Lamoignon persuadir de que Luís XVI había recibido «con la mayor satisfacción» los testimonios del celo y lealtad de una

Asamblea que, hasta entonces, descuidaba los intereses de la monarquía, y no tenía otro interés que defender sus derechos de carta?

Tan contrarias á la verdad son las palabras que nos hemos visto obligados á copiar, que hay motivo para ver en ellas una ironía de mal gusto. Y sin embargo, no eran sino el resultado de la debilidad de un parlamentario, nuevamente promovido á la cabeza de la magistratura y que, para hacerse agradable, solicitaba sin retención los sufragios de sus antiguos colegas. Por desgracia el efecto de esta debilidad iba de rechazo al rey, quien hubo de conocer por adelantado el discurso de su guarda-sellos que tuvo la desdicha de autorizar. Besenval guarda silencio sobre este incidente desgraciado, por lo mismo que Lamoignon era su amigo, y que él se atribuye el honor de haberlo indicado á Calonne. Pero la inconveniencia de tal lenguaje era más propio para desconsiderar la monarquía que no las zalamerías irreflexibles de María Antonieta.

Desde el otro día las secciones principieron á deliberar. Nada en ellas había cambiado, ni tampoco habían olvidado ninguna de sus pretensiones. La comunicación de los estados de los ingresos y gastos, tardamente permitida por el rey, les pareció incompleta. Quejábanse de que se hubiese suprimido lo que no querían que ellos supieran. A cada instante daban tormento con sus cuestiones al pobre Fourquex, que no tenía experiencia alguna de los negocios, y que por consiguiente se encontraba en la imposibilidad de responder. Solicitaban de él conferencias inútiles y para suplir su nulidad, consultaban á los antiguos empleados del control general, de quienes pensaban sacar un poco más de luces. Engreídos mejor que no apaciguados por el despido de Calonne y demás concesiones que acababan de obtener, alejábanse sin cesar del objeto principal de su misión. Muy pronto creyerónse permitido poder reformar á su manera á la vieja monarquía, y acariciaban la idea de una próxima convocación de los *Estados generales*.

Weber, autor por lo general bien informado, cita sobre este particular una anécdota de la cual tal vez todos los detalles no son exactos pero cuyo conjunto coincide con las disposiciones adverbadas de los notables.

Según Lafayette, testigo del movimiento que se operaba en el espíritu de sus colegas, había emprendido la tarea de determinarlos á una atrevida empresa. Quería que la Asamblea en masa ó por lo menos una fracción importante, fué á encontrar al rey y le dijese:—«Nos pedis, señor, un voto de

impuestos; nosotros no tenemos realmente poder alguno para darlo; no somos nada para la nación que no nos ha delegado. Sin embargo, os haremos tomar sobre nosotros el hacer frente á las necesidades si, al servir al rey, servimos también al pueblo francés. Que V. M. nos conceda una gran carta; que la libertad individual y la reunión periódica de estados generales formen parte de ella; y entonces votaremos el impuesto necesario hasta la próxima reunión de los Estados, cuya época se determinará después de madura deliberación.» El proyecto de Lafayette reunió desde luego la adhesión de varios magistrados y de varios gentil-hombres. Deseando obtener también el concurso de algunos prelados, se dirigió al arzobispo de Tolosa, Brienne, que le pagó con bellas promesas sirviéndose de la confianza para adelantar el éxito de sus personales designios.—«Hé aquí,—dijo él á la corte,—que se eleva ya una facción de *insurgentes*. Los peligros de una próxima crisis exigen que se confie la dirección de los negocios á un hombre capaz de ahogar esos peligrosos gérmenes.»

La verdad es que la situación se hacía inquietante. El conocido agotamiento de los recursos del Tesoro, la notoria incapacidad de Fourquex, las interminables discusiones de las secciones, sus vanas recriminaciones contra la administración de Hacienda, su negativa en aceptar remedio alguno, la debilidad y apatía del gobierno, todo contribuía á difundir por todas partes la alarma y la agitación. Este estado de cosas no podía prolongarse. Era necesario acabar, y la primera cosa que tenía que hacerse era reemplazar á Fourquex. Fué en esta ocasión cuando se entabló una última lucha entre los partidarios de Brienne y los de Necker. Pero Necker estaba en el destierro; Brienne tenía en la corte protectores poderosos, la solución no era, pues, dudosa.

Hase contado de muy distintas maneras y más de una fábula se ha deslizado en medio de detalles más ó menos exactos. Sin embargo, existe una narración digna de confianza la de Montmorin, testigo y actor de las escenas que narra, testigo imparcial, actor desinteresado. La reproducción íntegra de ese documento curioso nos dispensará de acudir á ninguna otra fuente.

«Los negocios,—dice Montmorin, en las *Memorias de Marmontel*,—estaban en una paralización absoluta; el crédito iba destruyéndose de día en día; los medios facticios y dispendiosos que el señor de Calonne había empleado para sostener la Bolsa, de repente faltaron, produciendo una baja diaria y considerable en los efectos; el Tesoro real estaba vacío;